

Mempo Giardinelli
Qué solos se quedan
los muertos

Alianza editorial

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración: © iStock / Getty Images
Fotografía: © Ulf Andersen / Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



© Mempo Giardinelli, 1985
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-251-6
Depósito legal: M. 4.128-2023
Printed in Spain

Para Juan Rulfo y Edmundo Valadés.
Para Rafael Ramírez Heredia y Roberto Bravo.
Y para Claudia Bodek.

«En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar, puesto que allí todo es jerarquía establecida, incógnita despejada, existir sin término, imposibilidad de sacrificio, reposo y deleite.

Por ello, agobiado de penas y de tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida, en el Reino de este Mundo».

ALEJO CARPENTIER

Primera parte

«¿Y de qué otra cosa puede hablar el hombre,
más que de fantasmas?»

LEÓN FELIPE

Me llamo José y me revienta que la gente, y en particular la que no conozco, con toda confianza me llame Pepe. Aquella voz en el teléfono, desde una evidente larga distancia, fue todavía más allá:

—¡Pepe! —me gritó, con voz metálica, esa mujer—, Marcelo Farnizzi fue asesinado. Dice Carmen que venga. ¡Es urgente!

Yo había estado, hasta ese momento, mordiendo un lápiz mientras miraba por la ventana preguntándome qué decisión importante sería capaz de tomar. Si es que había alguna decisión que tomar. Ese era el problema: estaba en blanco, vacío; había renunciado al diario, tenía ahorros como para sobrevivir sin mucha dignidad un par de meses y la sensación de un chico al que le quitaron su juguete preferido, le niegan dinero para el cine y encima si protesta le han de pegar. Y él lo sabe.

—¿Quién habla? —pregunté, todavía más atento a la molestia porque me llamaban Pepe que a la noticia que no terminaba de entender.

—No importa quién habla, soy amiga de Carmen... Carmen Rubiolo. Y le dije que asesinaron a Marcelo y ella le pide que venga. ¡Es urgente, Pepe!

Y dale con la confianza. Pero me cayó el veinte.

—¿Cuándo y cómo?

—Anoche: lo balacearon en la puerta de la casa. Ella está muy asustada, ¿entiende? Y no tiene a nadie más que a usted, Pepe. ¡Venga, por favor!

—Dígale que mañana estaré ahí —dije, tranquilamente, con una calma que sentía legítima. Luego insistí en saber su nombre y le pedí la dirección y el teléfono de Carmen en Zacatecas. Ella me dio la información y su propio teléfono, dijo que se llamaba Hilda Fernández, y me llamó Pepe tres veces más. La odié.

Alguna vez yo había amado a Carmen Rubiolo. Unos diez o doce años atrás, cuando el periodismo en Argentina era una profesión tan caliente que resultaba imposible amar en paz a nadie. Carmen era una chica de esas que parecen nacidas para amar de una vez y para siempre, y de las que uno cree que solo quieren casarse y tener hijitos. Pero era un ser bastante más complejo: apasionada y romántica, era una lectora insaciable y de esa clase de gente que en lugar de leer el diario, lo estudia con los anteojos deslizados sobre la nariz y un pucho en la boca. Le gustaba vestir a la moda, discutir las películas francesas que daban en los cines del centro, hacer el amor en silencio y muy concentrada hasta alcanzar su orgasmo, comprender el punto de vista de los demás solo para oponerse con más ardor, reclamarnos airadamente a los hombres cualquier actitud machista. Era nerviosa pero tierna, cariñosa pero arisca, juguetona y rebelde, solemne en cuestiones nimias, y cocinaba unas milanesas inigualables, con la exacta dosis de perejil y de ajo; y también confesaba su fasci-

nación por ser amada por un periodista. Ella creía que ser periodista era importante.

Dije que la había amado unos diez o doce años atrás, pero probablemente ocho desde la noche en que me esperó hecha una furia y me dijo «no te aguanto más, sos el tipo más egoísta y jodido que conocí en mi vida» y se fue del departamento de Acevedo y Güemes dando un portazo que se oyó en todo el edificio. Y que me dolió muchísimo más que la queja del portero y del administrador.

Me arrepentí mucho, luego, de no llamarla, ni buscarla, ni intentar un arreglo. Porque no he dicho, todavía, que yo quería con locura a Carmen Rubiolo. Es verdad, no la trataba bien, la desatendía, muchas noches la dejaba plantada por cuestiones del oficio: cierres impostergables, reuniones del sindicato, coberturas dramáticas, todo eso que volvió loca a la Argentina de los setenta. Pero cómo la quería. Y la dejé ir, ni intenté retenerla.

Tiempo después, unos cuatro años luego del portazo, la encontré en México, en una asamblea del exilio. Era el 78, creo, y todo el mundo andaba cuestionado y cuestionando. No recuerdo qué se discutía, pero votamos diferente. Ella estaba del brazo de un flaco ojoso, con pinta de guerrillero retirado, nervioso y lleno de tics, fanático momentáneo de la causa que abrazaba, cualquiera fuese. Me lo presentó después de la asamblea: «Mi compañero —dijo—, Marcelo Farnizzi».

Nos dimos la mano, el tipo se apartó requerido por alguien y yo le pregunté a ella cómo andaba, dije tanto tiempo, qué increíble encontrarte aquí, esas cosas. No recuerdo sus palabras. Apenas su mirada —me pareció, o quise que me pareciera— tenía un dejo del antiguo cariño. Pensé confesar-

le que me emocionaba verla y hasta creí ser capaz de decirle que nunca la había olvidado. Estuve a punto de hacerlo, pero me contuve. Nos despedimos sin mucho afecto demostrado y sin promesas de volver a vernos, pero yo supe que esa noche pensó en mí. Y Carmen habrá sabido que yo no pude dormir pensando en ella.

Apenas pude dormitar un rato cuando el micro salió de Aguascalientes, para la última etapa. El aire era pesado y el sol hacía hervir la carretera. Un imbécil de esos que nunca faltan en los autobuses viajaba con un suéter de Chiconcuac, pesadísimo, y yo pensaba que después de siete horas así su sobaco debía oler como el de un francés. También pensaba —mirando los campos a la vera del camino, esas como pampas áridas que enmarcan las sierras a lo lejos— en la campaña del catorce y en Pancho Villa sustituyendo a Pánfilo Nateras para la preparación de la toma de Zacatecas.

Hasta Aguascalientes, había reconstruido muchos momentos de mi relación con Carmen. Debía reconocer, para entonces, una cierta excitación por el reencuentro. Hacía por lo menos cinco años que no sabía nada de ella; seguramente iba a México cada tanto, pero jamás habíamos coincidido en sitio alguno. No teníamos amigos comunes, o al menos ninguno que yo pudiera identificar. Me preguntaba cómo había conseguido la mujer de la llamada telefónica mi

número en México. Quizá se lo habían dado en la Comisión Argentina de Solidaridad, quizá Carmen lo tenía. No era demasiado importante; o lo era mucho menos que la sensación que me iba ganando: la ansiedad de volver a Carmen significaba imaginarla todavía hermosa, quizá más que antes pues ahora ella luciría esa madurez que da brillo a las mujeres que están entre los treinta y los cuarenta. Carmen tenía, ahora... treinta y tres años.

¿Seguiría tan intransigente y definitiva, o los años la habrían moderado? ¿Habría vuelto a ser una chica tranquila, confiable, compañera y contenta consigo misma? ¿O seguiría discutiéndolo todo, arisca, chúcara, baguala, como yo le decía? ¿Y cómo viviría su propio exilio? ¿Habría tenido hijos? ¿Estaría arrugada? Algo me decía que no. Era la clase de mujer que es hermosa de niña, hermosa de adolescente, estalla de belleza en la plenitud y, en la madurez, puede estar segura de que hasta de vieja será atractiva. Sonreí recordando su genio, sus reacciones cuando se enojaba, su apasionamiento cuando hacíamos el amor, su placer cuando le acariciaba la base de los pechos. Pero su genio... Era una mina de esas que, por ejemplo, pueden pasarse toda una noche en vela, rumiando su rabia, porque uno le ha dicho algo en supuesto mal tono al beber el café de la sobremesa. Era capaz de despertarme a las tres de la mañana, con los ojos encendidos, a fin de que discutiéramos el asunto, para ella tan trascendental como para Napoleón llegar a Moscú. Me había enseñado mucho. La había querido más.

La recordaba delgada, de pechos más bien pequeños pero firmes, manos alargadas, como de pianista (o como uno imagina que han de ser las manos de una pianista) y eran inolvidables sus pies. Nacían de unos tobillos redonditos, per-

fectamente armónicos con sus estupendas pantorrillas, y se estilizaban delicados para terminar en unas uñas parejitas, ni cortas ni largas, de las que se sentía orgullosa y a las que pintaba dos veces a la semana. Decía que era su momento de meditación y de relax. Solía aconsejarme que también lo hiciera, para serenarme; aseguraba que yo era tan agotador e insoportable que me hacía falta, de vez en cuando, pintarme las uñas de los pies escuchando el Bolero de Ravel. Era encantadora la forma como lo pronunciaba. Me seducía por completo y me volvía loco por hacerle el amor cuando la veía, tan seria, en esa tarea.

Cuando advertí que estábamos llegando a Zacatecas, me reconocí un poco nervioso. Me ganaba la ansiedad por verla. Sabía que no estaría esperándome en la terminal de autobuses, pero luego de instalarme en el Hotel Calinda (la confianzuda había dicho que haría una reservación para mí) iría a verla. Imaginé el reencuentro. ¿Le diría un pésame convencional?

¿Seríamos capaces de mostrarnos espontáneos, naturales, en semejante circunstancia? ¿Cuál sería mi comportamiento? ¿Qué haría yo con mis fantasías? Porque debía reconocer que por algo llegaba a Zacatecas, por algo respondía a ese llamado, y no solo porque era un reciente desocupado. Si hubiera sido otra mujer, cualquier otra vieja amiga la que me hubiese hecho llamar, quizá no habría ido a su encuentro. Pero Carmen sí, Carmen podía llamarme. Era la única mujer que podía hacerlo. Y en algún lugar ella lo sabía: le había dado mi teléfono a la confianzuda, diciéndole «llámalo, va a venir». Y yo venía.

¿Y para qué? ¿Qué tenía yo que ver —y menos que hacer— en el asesinato de un tipo que me era por completo in-

diferente, y al que Carmen había amado, sin dudas, más que a mí? Me dije que llegaba a Zacatecas simple y sencillamente por verla. Todo reencuentro es excitante, cuando se quiere reencontrar a una persona. Y lo es más si hay fantasías. Reconocí que durante años yo había esperado un llamado de ella. En cualquier circunstancia. Y esta era, por cierto, de las peores. Porque sí, yo tenía fantasías, y, aunque me parecía innoble para con el muerto, por más que no lo hubiera conocido ni me importara, la mía era volver con Carmen. Algo así como una asignatura pendiente, que solo ahora me daba cuenta de cuánto deseaba saldar.

Me dieron una habitación en el segundo piso y, mientras me cambiaba la camisa y me lavaba la cara y las manos, me detuve a contemplar el Cerro de la Bufa. Me impresionaron su imponente dominancia sobre la ciudad y su escarpado lomo de iguana, con ese convento que semeja un castillo, o una fortaleza que parece reinar sobre el paisaje como si fuera una sandalia perdida por Dios.

Enseguida la llamé. Me sudaba la mano, oprimiendo el tubo. Reconocí su voz y sentí una emoción que era, sin dudas, lejana.

—Hola, Carmen. Soy José.

Ella hizo una brevísima pausa.

—Qué bueno que viniste... ¿Estás aquí, verdad?

—En el Calinda, habitación doscientos tres. ¿Cómo estás?

—Mal. Creo que un poco desesperada, pero... no sé, iba a decir que ya va a pasar, pero estoy muy confundida. Nerviosa. Vos sabés cómo soy...

—¿Querés venir o que yo vaya?

Dudaba o estaba llorando, pero no respondió. Dejé pasar unos segundos y luego repetí la pregunta.

—Creo que podés venir.

Fruncí el ceño; algo en su voz había cambiado. Algo frío.

—¿Alguna cosa anda mal por ahí?

—No, no, es que... Se supone que tenemos mucho que hablar, ¿no?

—Lo que quieras. Vine para escucharte.

—Tengo miedo, Pepe.

Y se largó a llorar, ostensiblemente, con un llanto quedado, entrecortado. Pronuncié las obviedades que uno improvisa en esos casos y le dije que estaría en su casa en quince minutos.

Era una construcción de los años cuarenta, encalada al frente y con dos ventanas en la planta baja, una a cada lado de la puerta. La planta alta parecía corresponder a otro departamento, para el que había una puerta unos metros más allá, a la izquierda. Era en la Calle del Ideal y allí la pendiente, típica de la insólita urbanización zacatecana, no era muy pronunciada. Curiosamente, a pesar de la situación un tanto dramática que intuía que significaría nuestro encuentro, yo me sentía en cierto estado de juvenil ansiedad, de imbécil felicidad, fascinado por esa ciudad inesperada que ni figura en las rutas turísticas mexicanas —por suerte— y que a cada momento, en cada callejón, en cada esquina, en cada iglesia, te depara sorpresas. Una ciudad secular, detenida en el diecinueve, donde se mezclan caprichosamente los barrocos con los neoclásicos, sin edificios modernos, sin muchos elevadores, sin pavimentación sobre los adoquines y las lajas de piedra aquí cuadradas, allá hexagonales, y donde todos los balcones, el alumbrado público —y hasta las coladeras de las